

VIDA Y TRABAJO

CAPÍTULO I

EL HOMBRE Y EL CABALLERO

Sembrad un acto y tendréis una costumbre; sembrad una costumbre y tendréis un carácter; sembrad un carácter y tendréis el porvenir entero de un individuo. — ***

Ya vengan la riqueza ó la necesidad, el bien ó el mal, acéptenlo de buen grado jóvenes y viejos. Inclinen su frente ante la Soberana Voluntad, acomodándose á ella con ánimo alegre. El que pierde ó el que gana el premio, vaya en buena hora á perder ó á conquistar según pueda. Pero ya caigáis vencidos ó ya triunféis, sed por Dios, siempre caballeros.—
THACKERAY.

La vida del hombre en este mundo es generalmente una vida de trabajo. Por lo que respecta á la generalidad de los hombres, el trabajo puede considerarse como su condición normal. Todo hombre digno de llamarse tal, debe querer trabajar y ser capaz de hacerlo. El labrador honrado encuentra que el trabajo es necesario para su sustento; pero lo es igualmente para los hombres de todas las condiciones y cualquiera que sea su clase de vida.

¿Cómo puede uno ser perezoso cuando los otros están ocupados? ¿cómo mantener el respeto social, el honor y la responsabilidad? El trabajo es el mejor de

todos los educadores, porque obliga al hombre á estar en contacto con los demás y con las cosas tales como son en realidad. Si consultamos la biografía, hallaremos que los hombres más notables han sido los más industriosos en su profesión, los más aplicados en sus investigaciones, los más heroicos en sus empresas. Ciertamente, al trabajo de la mano y del cerebro es á quien debe principalmente el mundo su inteligencia, su ciencia, sus adelantos y su civilización. El trabajo es, en verdad, el precio que se atribuye á todas las cosas que pueden tener valor. Nada puede hacerse sin él. La mayor parte de los hombres han llegado á distinguirse por su trabajo infatigable y su aplicación constante. Pueden haber tenido ingenio natural, puede haber sido su naturaleza viva y ágil, pero no pueden evitar la pena del trabajo perseverante. No obstante, el trabajo no es un castigo; el trabajo, con esperanza de fruto ó recompensa, es un placer. « No hay nada tan trabajoso, dice San Agustín, como *no* trabajar. Bendito el que consagra su vida á grandes y nobles fines, y plantea maduramente sus bien meditados planes. No es, sin embargo, en los más nobles planes de vida, sino en los más humildes, donde es más útil el trabajo. La pereza malgasta una fortuna en la mitad del tiempo que necesita el trabajo para ganarla. » « La fortuna, dice el proverbio sánscrito, ayuda á los hombres valerosos que hacen esfuerzos : únicamente los débiles declaran á la Suerte única causa de todo ».

El abandonarse al *dolce far niente* causa la mitad de las dificultades de la vida. Sabido es que la pereza es uno de los peligros que asaltan á la juventud en este país. Algunos jóvenes eluden el tra-

bajo y todo cuanto exige algún esfuerzo ó laboriosidad. Pocas personas pueden acostumbrarse á la idea de que no sirven de nada en el mundo, ó de que están arruinándose con su pereza. Además, la persona perezosa que no trabaja, pierde hasta la facultad de divertirse. Su vida es un descanso continuo y sin ningún intervalo de ocio y distracción. Los dormilones no han hecho nunca nada en el mundo. Los acontecimientos pasan, y los dejan adormecidos y sin fuerzas. « Lo que llaman con frecuencia indolencia, dice Crabb Robinsón, es, en verdad, la consecuencia inconsciente de su incapacidad. »

« La pereza, dice Jeremías Taylor, es la muerte de un hombre vivo; pues una persona perezosa es tan inútil para los designios de Dios y de los hombres, que está como muerta, y vive solamente para pasar el tiempo, y comer los frutos de la tierra como un parásito ó un lobo. Cuando llega su hora, muere y perece, y entre tanto no hace nada bueno; no trabaja, ni soporta cargas; todo cuanto hace es inútil ó perjudicial. La pereza es la mayor prodigalidad del mundo. »

Los antiguos griegos insistían sobre la necesidad del trabajo como fin social. Solón decía : « El que no trabaja debe ser sometido á los tribunales. » Otro decía : « El que no trabaja es un ladrón. El trabajo es uno de los mejores antidotos del crimen. » Un antiguo proverbio dice : « Un cerebro desocupado es el taller del demonio », porque cuando no hacemos nada, aprendemos á hacer lo malo. El hombre que no trabaja y que se cree superior al trabajo, debe ser compadecido y condenado á un tiempo. No hay nada tan terrible como la ignorancia activa y la lujuria indulgente. La indulgencia consigo mismo socava la base

de la moral, destruye el vigor de la virilidad y origina enfermedades de que sólo puede librar la muerte.

Los sabios saben muy bien que el diablo se presenta frecuentemente bajo la apariencia de un ángel de luz, y que el pecado, en sus formas más seductoras, se viste con los atavíos del placer. El proverbio turco dice: « El demonio tienta al perezoso, pero el perezoso tienta también al demonio. » El que sigue la pálida luz del demonio, encuentra pronto que la ruina sigue inmediatamente á la indulgencia consigo mismo, y que el fantasma de la felicidad no produce sino hastio. Madox Brown, pintor y poeta, ha cantado el valor y los beneficios del trabajo en el duro pero verdadero soneto siguiente:

¡Oh trabajo! Tú inclinas la frente y curtes la carne de la humanidad robusta, arrojando lejos de ella á los demonios! Cambiando con tu arte mágico los males de los pobres, sus lechos les parecen de pluma, su única comida la encuentran siempre nueva.

¡Ay de mí! Por falta de trabajo ¡cuántos males nos atormentan y cuántos pálidos obreros van á parar á los asilos, mientras el pródigo banquetea! Y á éste, como no trabaja, pronto lo cogerán los demonios en sus redes.

¡Ah, hermosa y vaporosa dama, adornada con buenos trajes, preocupada con tu perro vestido de escarlata! ¿No encuentras acaso en tu camino niños andrajosos, y dignos también de ser amados?

Ellos compararán su estado con el tuyo, y crecerán para aumentar el número de los mendigos ó de los ladrones temibles que nada respetan.

Aristóteles hace notar, muy oportunamente, que la felicidad es una especie de energía; y las observaciones diarias muestran que la felicidad y la salud son incompatibles con la pereza, y más aún con la frivolidad que sigue el viento de la moda y se divierte

con el juguete del momento. La mayor parte de los hombres tienen infinitas ocasiones para procurar y asegurar su propia felicidad. El tiempo es la principal de todas. Momentos libres, aprovechados secundariamente, pueden producir brillantes resultados. Es asombroso cuánto puede hacerse empleando los ratos perdidos en las horas de ocio. Debemos estar prontos á coger los minutos al vuelo y arrancarles los tesoros que contienen antes de que se escapen para siempre. En la juventud las horas son de oro, en la edad madura de plata, y en la vejez de plomo. El que no sabe nada á los veinte años, y no hace nada á los treinta, á los cuarenta no tendrá nada; y el proverbio italiano añade: « Al que no sabe nada, no se le confía nada »¹.

« Tenemos, dice Ruskin, entre la humanidad en general, los tres órdenes de existencia: el más bajo, sórdido y egoísta que no ve ni siente nada; el segundo, noble y simpático, que ni ve ni siente nada sin sacar una conclusión y obrar; y el tercero y más alto que pierde la vista en la resolución y el sentimiento en el trabajo. » La prontitud y la puntualidad figuran entre las felicidades y ventajas de la vida. Por falta de estos dones, han fracasado algunos de los más grandes hombres. Curran decía una vez á Grattan: « Sería usted el más grande hombre del día, si comprara usted algunas varas de balduque y atara sus documentos y papeles. » Mackintosh fracasó por falta de método y de puntualidad, aunque estaba dotado de la más poderosa inteligencia. Cavour fué uno de los

1. Es también expresivo el refrán español: *El que á los treinta no asesá, no comprá dehesa.* — (N. del T.)

hombres más exactos y llevó á cabo grandes cosas sin necesidad de balduque.

En las cosas más ordinarias, en los negocios ó profesión de que vivimos, en casa ó fuera, debemos darnos cuenta del valor del tiempo, tener cuidado con él, y ser puntuales con los demás lo mismo que con nosotros mismos. Los hombres que no tienen exactitud, viven en un estado de perpetuo tormento, turbación y fastidio. Dicen que la puntualidad es la urbanidad de los reyes. También lo es de los súbditos.

Habiendo llegado tarde cierto noble que se había citado con su Majestad Jorge III, el rey le hizo notar su falta de exactitud, á lo cual contestó él: « Más vale tarde que nunca. » « No, dijo el rey, es un error; yo digo, más vale nunca que tarde. »

« Demasiado tarde es la corriente en la vida; demasiado tarde para la obediencia; demasiado tarde para el amor; demasiado tarde para el respeto; demasiado tarde para la reverencia; demasiado tarde para las reformas; demasiado tarde para el éxito; pero no demasiado tarde para la ruina. »

No hay vida inútil si su dueño no se empeña en ello. Podemos engrandecernos y elevarnos, y engrandecer y elevar á los demás. Podemos hacernos mejores, y mejorar á los demás. Pero esto no es posible sino merced al uso paciente de nuestras facultades morales é intelectuales. Miss Julia Wedgwood dice: « De todos los dones mentales, el más raro es la paciencia intelectual; y la última lección de educación es creer en las dificultades que son invisibles para nosotros. » Muchos han nacido con nobles dones y talentos; pero es necesario el trabajo paciente para hacerlos valer. Bacon, Newton y Watt-Pitt, Wellington y

Pálmerston, Scott, Byron y Thackeray, trabajaron durante su vida tanto simples obreros. En verdad, ningún hombre importante en ciencia, política ó literatura puede mantener y mejorar su posición sin una paciencia incansable y un trabajo prolongado ¹.

Buffón no estaba probablemente muy lejos de la verdad, cuando aseguraba que el genio de los grandes hombres consistía en su paciencia superior. Nada los cansa ni los retrae; vuelven á cada momento á sus cálculos. « Ningún día sin una línea », tal era la máxima de Apeles. La observación constante é inteligente fué la práctica de Newton. « Debemos cerciorarnos de lo que debemos hacer para descubrir lo que no debemos hacer », era la máxima de Watt.

El hombre que observa paciente é inteligentemente, y que comprueba sus observaciones con informes cuidadosos, llega á ser un descubridor y un inventor. Aplica el cuidado de la verdad y la exactitud á todos los objetos que investiga, cualquiera que sea su naturaleza: ciencia, arte, literatura, ley, política, fisiología ó invención. Las teorías son humanas, pero los hechos son divinos. La costumbre de la atención paciente en la práctica, es una de las principales facultades que deben cultivarse. Una de las máximas favoritas de Newton era que la única facultad en que sobrepuja-

1. Victor Hugo dice: « Los obstinados son los sublimes. Quien no es más que bravo no tiene más que una acometida; el que no es sino valiente no tiene más que un temperamento; el que no es más que esforzado no tiene sino una virtud: el obstinado en la verdad tiene la grandeza. Casi todo el secreto de los grandes corazones reside en la palabra *perseverando*. La perseverancia es con respecto al valor lo que la rueda respecto á la palanca, es decir, la renovación perpetua del punto de apoyo. »

Quetelet dice: « El hombre que tiende siempre al mismo fin, acaba por adquirir una fuerza moral inmensa. »

ba á los demás hombres, era la de poder plantearse un problema á sí mismo, pensar perpetuamente en él, y proceder á repetidas investigaciones hasta hallar su solución.

Yago da una lección de sabiduría en su discurso á Rodrigo. « En nosotros consiste el ser de una manera ó de otra. Nuestros cuerpos son huertos en que hacen de hortelanos nuestras voluntades; de modo que si queremos plantar ortigas ó sembrar lechugas; plantar hisopo y arrancar el tomillo; abastecerlo con un solo género de hierbas ó repartirlo en varias; tenerlo estéril por pereza ó cultivarlo con industria, todo ello depende de nuestra voluntad »¹. Aunque odiamos á Yago, le damos las gracias por enseñarnos tan excelente lección.

¡Querer, esto es todo! Pero esto exige valor paciente. Exige la fuerza que pueda resistir y sostenerse á despecho de las dificultades. Necesita el esfuerzo resuelto de la voluntad, que llamamos perseverancia. La perseverancia es la energía habitual; y la perseverancia en el trabajo, juiciosa y continuamente aplicado, se convierte en genio. El éxito en la remoción de los obstáculos consiste en la siguiente ley de mecánica: la mayor fuerza disponible concentrada en un punto dado. Si vuestra fuerza constitutiva es menor que la de otro hombre, podéis igualarle si perseveráis más tiempo y si la concentráis más. Un hombre de genio es siempre, al principio de su vida, desconocido para sí mismo como para los demás. Sólo después de

1. Lo mismo viene á decir nuestro Ercilla hermosamente:

Creer en la fortuna es gran simpleza;

La fortuna es la fuerza de los brazos. — (N. del T.)

ensayos reiterados, se atreve á creerse capaz de llevar á cabo empresas en que los que aciertan conquistan la admiración de la humanidad. La fuente que nace de la roca de la montaña como un arroyo, con la acumulación de riachuelos, se convierte en río, y después en río caudal, y probablemente en una parte del océano sin fondo, simplemente por caminar hacia adelante de un modo regular y persistente.

Muchos desmayan por las dificultades que en la mayor parte de los casos nos sirven en realidad de auxilio. Nos enseñan la experiencia y no excitan á la perseverancia. « La cabeza de Hércules, dice Ruskin, se representaba en otro tiempo cubierta con una piel de león cuyas garras se juntaban bajo la barba para mostrar que, una vez que logramos contrarrestar nuestras desgracias, éstas nos sirven de auxilio. » Los acontecimientos no son nunca absolutos en sí mismos. Sus resultados dependen de la cualidad y del carácter del individuo. La desgracia puede ser una escalera para el genio, un tesoro para el hombre hábil, aunque sea un abismo para el hombre débil.

Muchos hombres de distinción y de bondad probables se han perdido para el mundo simplemente porque nada interrumpía el curso de su prosperidad. Todo depende de la voluntad y de la resolución. Cuando está pronta la voluntad no faltan los caminos.

La vida es progreso; para vencer mejor, esperamos y luchamos; y con frecuencia la adversidad es mejor maestra que la verdad: estimula á vivir á las otras facultades dormidas y excita nuestra fe, sumisión y resistencia.

No se puede permanecer estacionario en la vida. Todo cuanto es humano tiene que caminar hacia ade-

lante ó hacia atrás. Cuando se presentan los obstáculos, debemos marchar contra ellos no obstante las dificultades.

¡Qué hermosa era la divisa de sir Philip Sidney! *Viam aut inveniam aut faciam*. Encontraré ó me abriré camino ¹. La facilidad hace á los niños y la dificultad á los hombres. Muchas personas deben su buena suerte á alguna desventaja con que han tropezado; luchando contra ella han entrado en juego sus mejores facultades. La fuerza ó la debilidad de carácter no se prueban nunca más claramente que cuando un individuo experimenta un cambio súbito en su posición; y esto se observa especialmente cuando el cambio es perjudicial. Se ve entregado súbitamente á sus propios recursos y despliega enteramente cualidades de carácter inesperadas que frecuentemente le conducen á una situación distinguida y eminente.

El sufrimiento es un arado pesado guiado por una mano de hierro; se hunde profundamente en la tierra rebelde, pero la abre á las influencias fertilizadoras de la naturaleza y acaba frecuentemente por procurarle las más ricas cosechas. Hasta el antagonismo más activo es uno de los mayores beneficios del hombre, pues despierta la fuerza, la perseverancia y la energía de carácter. Así nuestro rival se convierte en auxiliar nuestro. Los hombres pueden ser valientes, pero el valor sin la perseverancia es muy poca cosa. Las emociones que viven y mueren como tales ayudan muy poco á la regeneración humana. Únicamente merced al esfuerzo constante, hasta en medio de los fracasos,

1. También dice Ercilla:

Mi brazo es el que á mí me da el seguro. — (N. del T.)

se llevan á cabo las más grandes empresas. « Los fracasos, dice un proverbio gallo, son los cimientos del éxito. » ¹

Hemos hablado de la ley del trabajo; hablemos ahora de la ley del descanso.

« Sin trabajo no hay descanso », dice el proverbio. Sin embargo, puede uno trabajar y estar tan acostumbrado á trabajar y sólo á trabajar, que sea incapaz de disfrutar el descanso. Los hombres no pueden llegar á los mejores atributos de su naturaleza cuando su vida se halla enteramente ocupada por el trabajo. Algunos se consagran tan exclusivamente á los negocios, con objeto de descansar más adelante, que cuando han acumulado lo suficiente para realizar este propósito, son ya enteramente incapaces de encontrar placer ó alegría en la cesación del trabajo. Su castillo en el aire se ha desvanecido. Es « demasiado tarde. » Su espíritu se ha atrofiado y empequeñecido con tan exclusiva ocupación. No pueden variar de trabajo. La libertad de su pensamiento se ha desvanecido, su espíritu se ha ejercitado sólo en el fondo de una cueva, y aun tal vez demasiado pequeña; ya no hay para ellos día de descanso. El bienestar que han conseguido les sirve de poca cosa. Como el cerero retirado, necesitan volver á su antigua ocupación en ciertos días.

El trabajo no es enteramente un beneficio cuando degenera en carga pesada, pues el trabajo desagradable no produce felicidad ni bondad de carácter. Al contrario, tiende á empequeñecerlo y á degradarlo. El trabajo no es el objeto y el fin único de la humanidad. No es un fin en sí mismo y mucho menos el ma-

1. El refrán castellano dice: *Errando se aprende*. (N. del T.)

yor bien de la tierra. Es una gran cosa, sin embargo, el ser independientes, mantenernos y pagar nuestras deudas con nuestro honrado trabajo. El trabajo no deshonra, lo que es deshonroso es ganar un chelín¹ y vivir perezosamente con treinta céntimos al día hasta que se acaben. « Bien, dice Balzac, con los millares de toneladas de placer que podemos recolectar en los campos de la sociedad, no pagaremos nuestras deudas al fin del mes; así, pues, debemos trabajar, trabajar y trabajar. » Debemos ganar nuestro sustento con el sudor de nuestra frente ó de nuestro cerebro. Aunque las riquezas pueden corromper la moralidad y endurecer el corazón, también la pobreza abate el espíritu y el valor del hombre, siembra de espinas su almohada y le hace difícil ser honrado, virtuoso y respetable.

Así, pues, todas las cosas deben tomarse con moderación. El trabajo es bueno y respetable, no tanto por sí mismo, como por sus objetos más elevados, á saber: el cultivo del espíritu, el desarrollo de las potencias superiores y el honesto placer de la vida. En efecto, como veremos, algunos de los mejores trabajos en las esferas de la literatura y de la ciencia han sido hechos por hombres ocupados de ordinario en los negocios. El exceso de negocios, llevados á cabo con extremada intensidad, es muy fatal á la calma y felicidad de la existencia. « El sabio, dice lord Bacon, debe proponerse algún objeto, porque el que no tiene particular empeño por algo, todo lo encuentra fastidioso y sin sabor. » Y en otro pasaje: « El hombre más activo que haya habido ó pueda haber, no se ocupa

1. El *chelín* vale unos cinco reales.

en ningún otro asunto durante los escasos momentos de ocio que le dejan los negocios, á no ser que esté aburrido y no sea expeditivo, ó que tenga la inconsiderada é indigna ambición de meterse en cosas que otros pueden hacer mejor. »

Es un punto muy importante el saber variar nuestras ocupaciones. Debemos hacer una cosa bien en particular y luego descansar adoptando variedad de ocupaciones. Este es el verdadero modo de gustar los momentos de ocio y de conservar la flor y la gracia de la vida. Los días de fiesta pueden ser aprovechados; deben ponerse en ejercicio las facultades del espíritu ocultas ú ociosas, y la variedad de trabajo restaurará las fuentes del placer y dará nuevo vigor, de modo que haga de la vida una fiesta perpetua. — ¡Hay tantas maneras de disfrutar inocente y provechosamente de los momentos de ocio! La naturaleza nos abre su inextinguible depósito de encantos. Podemos observar y estudiar su rica variedad, examinar sus procedimientos y penetrar sus arcanos. Su extensión es infinita: animales, plantas, minerales y el vasto campo de las investigaciones científicas. El amigo de los libros encuentra en la literatura amplios horizontes. En ella figura la historia antigua y moderna de los hombres que enseña los mejores métodos de gobernarlos, educarlos y darles leyes, para su provecho propio y para el progreso de la civilización del mundo. En ella está el depósito sin límites de la literatura: biografía, poesía y teatro, llenos todos de interés fascinador.

El mayor pintor y el mayor poeta italianos variaban de mil modos sus ocupaciones. Miguel Ángel pasaba de la pintura á la composición de un soneto, y Dante

cambiaba su pluma por el lápiz del pintor; de esta suerte procuraban descanso á su espíritu. Leonardo de Vinci y Miguel Ángel eran, puede decirse, artistas universales. Eran igualmente grandes en pintura, escultura, arquitectura é ingeniería. Roselli, también, era tan grande en poesía como en pintura.

Otros trabajadores de la inteligencia necesitan ejercicio físico, y se dan á la caza de pelo ó de volatería, no tanto por las piezas que cobran, como por la salud que buscan. Mister Ashworth, el cuáquero, aunque poco acostumbrado á la caza, decía que la caza de gallos monteses en medio de los bosques le había salvado la vida. La pesca de caña es el más tranquilo de los entretenimientos del campo: era la pasión del analítico y filósofo Paley. Ensartaba un gusano como hubiera ensartado á un adversario. Sir Humphry Davy y Wollaston pescaban con moscas. Davy nos refiere sus experimentos en *Salmonia*; inspiró á Wollaston su afición á la pesca y al mismo tiempo le adiestraba; esto le permitía, cuando estaban fuera de la ciudad, aprovechar la oportunidad para entregarse al estudio de la geología. Davy consideraba que la estrecha comunión en que nos pone la pesca de caña con la naturaleza es uno de sus principales atractivos. Ejerce también una influencia importante en el desarrollo del carácter.

« Es una escuela de disciplina moral, decía, que requiere paciencia, perseverancia y dominio de sí mismo. Como se relaciona con la ciencia natural, puede vanagloriarse de exigir el conocimiento de las costumbres de una tribu considerable de criaturas — los peces y los animales de que éstos hacen su presa — así como también el de los signos é indicios del

tiempo y de sus cambios, y de la naturaleza de las aguas y de la atmósfera. »

En cuanto á sus relaciones poéticas nos hace asistir á las escenas más idílicas y bellas de la naturaleza, entre los lagos de las montañas y los claros y amables arroyos que brotan de las más altas cordilleras ó que se abren camino por entre las cavidades de los estratos calcáreos. ¡Cuán delicioso es al principio del invierno, cuando desaparece el hielo y la luz del sol calienta la tierra y las aguas, ir vagando á orillas de algún claro riachuelo, viendo brotar las hojas de los purpúreos capullos, respirando los aromas de la orilla perfumada por la violeta y esmaltada de primavera, paseando acá y acullá sobre la fresca hierba bajo la sombra de los árboles cuyas brillantes flores están llenas de la música de las abejas... y prosiguiendo vuestro paseo en la tranquila y embalsamada noche, oír la serenata del alegre tordo y del melodioso ruiseñor, que cumplen los deberes del amor paternal en los matorrales adornados de rosas y madre-selvas!

Daltón, otro filósofo, se complacía en el ejercicio al aire libre, paseando por sus montañas nativas y haciendo ascensiones al Helvellyn y al Skiddan. Pero su mayor placer era jugar á los bolos. Pasaba todos los jueves, cuando hacía buen tiempo, en un juego de bolos en los alrededores de Mánchester, donde se reunía con algunos compañeros para hacer una partida del antiguo juego de bolos inglés. Cuando llegaba á su casa algún distinguido profesor de química, Daltón estaba fuera, pero enviaban al profesor á preguntar por él en el juego de bolos vecino. Daltón se excusaba tranquilamente por hallarse fuera de su laboratorio,

pero añadía que le gustaba tomarse un sábado en medio de la semana.

Hay otros modos de hacer agradable la vida campesina. Scott plantaba árboles en Abbotsford, paseándose por los campos con su favorito Tom Purdy. Daniel Webster poseía rebaños, que acrecentaba, y cultivaba sus tierras incultas. Scott era aficionado á los caballos y á los perros, y Webster á los carneros y á los cerdos. Al almirante Nelson le gustaba criar pájaros, y el almirante Collingwood era aficionado á jardinear. El poeta Shelley se divertía mucho en hacer navegar barcos de papel, hechos algunas veces con billetes del Banco de Inglaterra, sobre el Támesis ó el Serpentina. Dickens era gran andador. Se había acostumbrado á ir á pie desde su oficina en Londres, en la calle de Southampton, hasta su casa en Gad's Hill Place, cerca de Rochester¹. Southey y Wordsworth eran infatigables andadores. Solíase verlos deambulando por las calles de Wertmoreland.

Wordsworth se paseaba con su gabán gris y sus zuecos rústicos; algunas veces se aparecía entre la niebla como un espectro. Estudiaba casi siempre en el campo, y sus poemas revelan su grande y creciente amor á la naturaleza. Un extranjero que había ido á visitar las tierras de Wordsworth, pidió permiso para ver su estudio. El criado lo llevó á la biblioteca y dijo: « Ésta es la biblioteca de mi amo, pero él estudiaba en el campo. »

William Hutton, el librero é historiador de Birmin-

1. El célebre literato y orientalista español Gayangos era también gran andador; murió no hace mucho (1897) casi á los noventa años atropellado por un coche en las calles de Londres. (N. del T.)

gham daba frecuentes paseos. Recorrió á pie, á los setenta y nueve años, la Muralla Romana, desde Wallsend, en Northumberland, hasta Bownes, en Cumberland, y después escribió el relato de su excursión. Á los ochenta y nueve años visitó á Coatham, en Yorkshire, é hizo una relación del viaje. No fué á pie hasta allí, sino en carruaje; pero á los noventa años anduvo dentro y fuera de Birmingham cerca de cinco millas; su hija decía: « Creo que sus paseos y su vida se acabarán casi al mismo tiempo. » Anduvo casi hasta el fin, y vivió noventa y dos años. « El contento en la ancianidad, dice Turganief, no lo merece sino aquel que no ha perdido la fe en lo bueno, la fuerza perseverante de voluntad y el deseo de emplearse activamente. »

Algunos encuentran placer en ir á caballo. Los hombres de ocupaciones sedentarias prefieren cabalgar á andar. Esto excita el hígado y promueve la circulación y la digestión. Liston, el cirujano, era un gran cazador. Voltaire, cuando estaba en Cirey, cazaba para abrir el apetito. Abraham Tucker, autor de *La Luz de la Naturaleza*, acostumbraba á ir á caballo hasta Barsead Downs para excitar las ganas de comer. Paley intentó montar á caballo y hasta galopar; cayó varias veces; pero estaba lleno de buena voluntad é insistió en sus pruebas hasta que se vió recompensado por el éxito. Un antiguo escritor ha dicho: « El estómago es todo, y todas las cosas son estómago. » Los que no se pueden permitir el caballo andan á pie; de todos modos se respira aire fresco y se ejercitan los músculos de casi todas las partes del cuerpo.

La principal distracción del cirujano Cheselden era presenciar luchas pugilísticas. Mister Procter (Barry